

La casa a la orilla del camino

¿Por qué esa gente había decidido alojarse aquí, en las tierras solitarias y sombrías, con los vecinos más cercanos a un día de caminar, por donde solamente los Dúnedain pasaban de vez en cuando? Quizá, los mismos habitantes de la casa a la orilla del camino no podrían contestar a esa pregunta. Parecía que su antepasado que había construido en este aislado lugar su baja y sólida casa, era una persona cerrada y retraída. ¿Quién si no podría vivir ahí, no muy lejos de los montes de Angmar, donde incluso después de siglos seguía estando viva la memoria del Rey Brujo?

Era uno de aquellos días de principios de invierno, un día opaco, cuando la hierba todavía se veía debajo de la batista fina de la nieve, y en algunas ramas todavía se agitaban los trapos olvidados de las hojas. En el cielo se encendieron las primeras estrellas, y en las ventanas de la casa a la orilla del camino temblaron las lucecitas cálidas de las velas.

A la puerta llamaron.

- Caramba, ¿quién te ha traído? -gruñó el amo disgustado.- ¿Qué quieres?

- ¿Me permitís calentarme un poquito, buena gente? -respondió una voz joven.

- Por aquí anda una gentuza... -seguía el amo con el tono de antes.- ¿Cómo sé yo qué tipo de persona eres?

Pero la puerta sí que la abrió. La voz no le pareció amenazadora, además, ¿quién negaría a un peregrino solitario una cosa tan insignificante?

El que entró era alto, esbelto, parecería un jovenzuelo de no tener su pelo cano y unas arrugas que amargaban las comisuras de sus labios. Una sonrisa le iluminó la cara, cuando se inclinó ante los amos y dijo:

- ¡Sea la paz en vuestra casa, buena gente!

El amo en un abrir y cerrar de ojos supo que el extraño no era otra cosa que un descendiente de noble linaje:

- No te enfades, señorito con que no te hayamos recibido con cortesía. Tú mismo lo ves, estas tierras son sombrías, por aquí anda una gentuza. Siéntate aquí, al lado del fuego. Oye, mujer, tráenos vino. Perdona, pero el vino no está muy bueno...

El extraño sonrió. El vino era fuerte y agrio. ¡Pero el pan!... Recién salido del horno, con una corteza marrón, crujiente... El joven comía a gusto, mientras que el amo le pedía noticias capitalinas.

- No es para ofenderte, señorito, ¿pero por qué vistes de negro?

- Es luto -tras un silencio contestó el joven, y algo extraño apareció en sus grandes y apacibles ojos.

El amo se sobresaltó:

- ¿Y tu caballo, señorito? Ay, no me he fijado... voy a ver cómo está...

- No hace falta. Lo he atado allí, en el patio... No le pasará nada.

El amo no se dio cuenta de cómo él mismo, en vez de preguntarle a su huésped, se puso a hablar de su propia vida, de sus problemas, de que el trigo salió bueno aquel año, pero los animales en los bosques desaparecían - el invierno prometía ser crudo, y las fieras se trasladaban a donde menos frío... El huésped le escuchaba atento, de vez en cuando intercalaba preguntas.

En el cuarto contiguo lloró un niño. El ama, pidiendo disculpas, salió, pero el llanto agudo y los sollozos no se cesaban.

- ¿Me permites a mí, ama? -susurró el huésped apareciendo en el umbral.

- ¿Para qué?... No te molestes, señorito, que yo sola... -se cortó la mujer, mas el joven ya se había sentado al lado de la camita.

- Y bien, ¿qué te pasa? -habló con suavidad.- ¿Soñaste algo malo?

El chiquillo, entre lágrimas, balbuceó:

- Sí-í...

- Tranquilízate, pequeño norteño. Dime, ¿cómo te llamas?

- Darn - el chico sorbió los mocos.

- Tienes un bonito nombre. ¿Quieres Darn, que te cuente un cuento? No vas a llorar más, ¿de acuerdo? Escucha, pues...

"El Árbol era joven. Nunca le habían caído sus hojas verdes, y no conocía el invierno, y le parecía - el verano permanecería siempre. Pero el viento frío vino volando y aulló: "¡Se irá la calor, traeré las nubes grises, y la nieve cubrirá la tierra, y todo se morirá, y no se verá el Sol!" Y así sucedió. Se cubrió el cielo con las nubes, y no hacía Sol. Y el viento se reía, malvado, y le arrancaba las ramas al Árbol. Alrededor todo estaba triste y frío, y los cachorros de los animales, nacidos en verano, se congelaban y, sin ver el Sol, lloraban de miedo y angustia. Y pensó el Árbol: "Todo el verano el Sol me estuvo calentando, todo el verano bebí su calor, su luz, su gracia resplandeciente. ¿Acaso no viva en mi la fuerza del Sol?" Y se iluminó el Árbol, devolviendo toda aquella luz que en verano le había regalado el Sol. Estaba erguido, como una antorcha dorada, y el viento se apagó, sorprendido. Y los cachorros dejaron de temblar y llorar, y el día gris se llenó de alegría. Pero muy pronto se le agotaron las fuerzas al Árbol, y cayeron sus hojas doradas sobre la tierra como lágrimas o el sudor de una faena fatigadora. Se le extinguió la vida al Árbol. Y se avergonzó el viento, trajo las nubes cargadas de nieve y con un manto blanco y suave lo cubrió al Arbol en su sueño mortal. Y el silencio reinó durante todo el invierno para que nadie se atreviera a molestar al Árbol, y el viento le canturreaba...

Cuando pudo recuperar sus fuerzas el Sol, despertó al Arbol y le dijo así:

"Desde ahora mi calor y mi luz permanezcan en ti - para todos. Cada otoño irradiarás la luz, y en invierno te quemarás en el horno, con unas llamas escarlatas, calentando los corazones humanos". Y fue por la palabra del Sol.

Precisamente por esto da tanto gusto estar al lado del fuego en las noches de invierno, por esto siempre le echamos al fuego una gota de aceite o de vino, o un pedazo de ámbar u otra resina aromática, o un ramo de hierbas finas, por el respeto al Árbol, al Sol y al Fuego. Por esto es sagrado el Árbol para el Pueblo del Silencio..."

El huésped permanecía callado, mas el chico le seguía mirando con los ojos encantados.

- Cómo lo cuentas... - respiró él, por fin. - ¿Allí todos son como tú?

- Allí ¿dónde?

- Eso, ¿allí, donde tú vives?

El joven sonrió:

- No todos. Allí los hay muchos mejores que yo.
- ¿Puede ser así? Como en un cuento.
- Sí, así puede ser, Darn.
- ¿Allí está tu casa?
- No, ahora mi casa está en otra tierra.
- Cuéntame... -pidió Darn sin quitarle los ojos.

... Allí - las estrellas - grandes, frías - están colgadas tan bajo que a uno le parece posible tocarlas con la mano. Allí - las flores - blancas, fluorescentes - como unas estrellitas frágiles y amargas. Allí - los puentes ligeros y altos sobre el río oscuro y helado - como el cristal negro ¿ves la Piedra en mi anillo? Allí - las estatuas raras - como esencia de una noche salpicada de estrellas, y los montes cantan - tan solo hay que escucharlos... Allí - la fortaleza, como si fuera esculpida de piedra lunar, de los mismos rayos helados de la luna, las agujas esbeltas levantadas hacia el cielo, y las torres frágiles... Allí - las neblinas estelares fluyen, lentas, los montes abajo. Allí no hay sol resplandeciente - de día el cielo se cubre de nubes, y el sol es como un ópalo, blanco, enorme...

- Yo quiero verlo ¿puedo? ¿Puedo ir un día allá - a verte?

El joven negó con la cabeza.

- ¿Por qué?
- Duerme, Darn. Te cantaré una canción - así como se canta en la Tierra Cerca del Mar -donde nací...

- ¿Qué pasa allí?

El ama agudizó el oído:

- Canta... Es raro, ¿no?... Será un cantante vagabundo...
- ¡Vaya! ¡Qué va! ¿Has visto su espada? Es un guerrero y, parece, de un linaje alto - la empuñadura es de oro.

- Es cano... ¿Por qué? -el ama suspiró con compasión.

- Pues la vida se portó dura con él. Ha dicho - el luto. ¿Quién sabe? Tal vez, el Sin Nombre volvió a mandar la peste sobre Gondor, y sus padres murieron...

- Pobrecito... -la mujer volvió a suspirar.

... Y se oía en la canción el susurro de las olas y el llanto de las gaviotas, el rugido del viento y las voces humanas... Una canción extraña, no se canta de esta manera en la Tierra Media: una canción extraña, ni siquiera los Elfos las hacen así, pues desconocen los pesares de los mortales... Incomprensible, atrayente, triste y dulce a la vez. Y vuelan por las olas los barcos blancos bajo las velas color verdiplata... "La espuma congelada del mar, tus torres sonantes, oh Eldain, la Ciudad de la Estrella... Tus barcos de alas blancas, como las tristes aves enormes nos están llevando a lo lejos - no volveremos a verte, oh Eldain, la Ciudad de la Estrella... No más que la memoria que como un carámbano salado nos traspasa el corazón, llevamos nosotros, tus hijos, oh, Tierra bajo la Corona de la Tierra Media... La neblina del olvido cubrió tus islas, y se apagó la Estrella, mas la memoria sigue viviendo en los corazones de tus hijos, oh, Elles..."

Cuando el huésped volvió su mirada hacia Darn, el chico ya estaba dormido. El joven se incorporó y salió, al haber cerrado la puerta sin producir ruido.

- ¿Cómo los conseguiste, señorito? A veces no le tranquilizo hasta la medianoche... Y mírale - está dormido, y sonríe entre su sueño. ¿Qué le has contado?

- Nada más que un cuento viejo.

- ¿Te sirvo más vino? -ofreció el amo. El joven asintió con la cabeza.

La puerta se estremeció bajo un golpe pesado. En el umbral aparecieron dos montaraces - blandiendo las espadas, las capas salpicadas de barro, los ojos llenos de terror y rabia.

- Nazgûl -rugió uno de ellos.- ¡Este es un Nazgûl! ¡Y su bicho alado allí está! ¿Acogéis a los servidores del Enemigo?

Muy lentamente, el joven se volvió a los recién llegados y se incorporó. Aquellos, aterrorizados, se precipitaron hacia atrás. Unos instantes los hombres estuvieron mirando la

figura espectral envuelta en negras vestiduras, con los ojos ardientes como el carbón en el horno.

¡Un grito femenino rasgó el aire!

La puerta del cuarto contiguo se entreabrió. Por el marco se asomó Darn, frotándose los ojos somnolientos. Sin entender nada les examinó a los hombres, su mirada se detuvo en la cara del Oscuro, en la que se leían sólo el dolor y el desconcierto.

- ¿Qué te pasa? ¿Alguien te ha hecho daño? -Darn se le acercó corriendo con los pies descalzos por las tablas brillantes del suelo.

- Nada, nada -apenas prorrumpió el Oscuro esforzándose en sonreír y pasó la mano por la cabeza despeinada del chiquillo.

Como en una pesadilla, cuando no hay fuerzas para despertarse, los hombres veían agitarse una manga vacía de la vestidura negra. Y las palabras del niño parecían un delirio escalofriante:

- ¿Ya te vas? ¿Pero vas a volver? ¿Verdad que sí?

- No -el Oscuro meneó la cabeza.- No volveré nunca jamás. Adiós, Darn.

La mujer lanzó otro chillido, y el Oscuro pasó lentamente junto a los arnorianos petrificados de miedo y ya en la puerta volvió la cabeza y otra vez miró al chico:

- Adiós -repitió.

Nada más. El frufú de las alas negras enormes, y una ráfaga del viento gélido voló por la casa...

... Eiver volaba al encuentro del viento sollozando de una ofensa casi infantil. "¿Por qué? ¿Para qué? ¿Para qué así? ¿Acaso simplemente porque soy otro? No les hice daño... ¿por qué entonces? Que sea otro, mas no deseaba hacerles daño... ¿Por qué?"

No sabía que nada ni nadie le harían a Darn que olvidase aquel encuentro. Que después, crecido, el pequeño norteño toda su vida buscaría -sin encontrarla nunca- una tierra extraña donde las estrellas - grandes, frías - están colgadas tan bajo que a uno le parece posible tocarlas con la mano; donde las flores blancas fluorescentes - como unas estrellitas

frágiles y amargas; donde los puentes ligeros y altos sobre el río oscuro y helado como el jaspe negro en el anillo del Rey Astrólogo; donde la fortaleza, como si fuera esculpida de piedra lunar, de los mismos rayos helados de la luna... No sabía que Darn buscaría - sin encontrarle nunca - a quien le cantase una hermosa y triste canción de Eldain, la Ciudad de la Estrella. Que dentro de muchos años Darn, el guerrero de Arnor, parado inmóvil entre los cadáveres y ruinas en el valle Morgulduin, en la tierra enemiga, iría a dar vueltas en sus dedos a una flor pálida y frágil, parecida a una estrella de olor amargo, y un recuerdo semiborrado de algo luminoso y triste se le iría escapando dolorosamente, y le alucinaría la mirada de unos enormes ojos verdigrises y una voz baja: "Adiós..." Y cuando se iría fuera, secando con su capa la hoja de su espada lavada de sangre, le parecería que si volvía ahora mismo la cabeza, lo entendería y recordaría todo. Mas no la volvería jamás.

Nien Ahe

Traducido por Tatiana Fedótova.